

La derecha de la derecha

El Comité nacional del partido republicano de los Estados Unidos está estudiando las bases políticas para el futuro inmediato; sobre todo, con vistas a las elecciones presidenciales (noviembre de 1976). Desde el primer momento se ha declarado una lucha abierta entre los reformistas, partidarios de una imagen más abierta del partido, y los conservadores a ultranza.

El Presidente Ford —y el vicepresidente Rockefeller, a su lado— ha pretendido el cambio de imagen. Las razones que dio Ford eran éstas: «Debemos montar una tienda de campaña lo suficientemente grande para acoger a todos aquellos que desean cordialmente el bien del país y quieren trabajar con nosotros, a todos aquellos que rechazan una afiliación política pero están dispuestos a sostener nuestro programa y nuestros candidatos». Para Ford, el partido republicano «ha llegado a su punto más bajo», lo que le hace sospechar que a partir de ahora deberá ir ascendiendo...

La voz de los ultras la llevó uno de sus grandes campeones de siempre: Ronald Reagan, que fue gobernador de California y que pertenece a la derecha menos civilizada del país: la de Goldwater, la de Buckley, la de Taft. Está dispuesto —con otros— a crear un «tercer partido» si el republicano no se muestra suficientemente de derechas. Y parece que tiene más adeptos en el partido que Ford (lo cual no quiere decir que Reagan, y no Ford, vaya a ser el candidato a la Presidencia por el partido: lo será Ford, pero tendrá que aceptar la «plataforma» política que se decida o encararse con la posibilidad del «tercer partido»).

Las razones de Reagan: el «Grand Old Party» (los republicanos) no pueden caer en el oportunismo. No pueden renegar de sus principios por el simple deseo de atraer más votantes, más partidarios. Su doctrina fundamental no puede variar, y representa una alternativa clara al «izquierdismo» de los conservadores. Según parece, Reagan ha aceptado suprimir de sus discursos numerosos párrafos donde criticaba personalmente a Ford y, sobre todo, a algunos de sus actos concretos de gobierno: el acuerdo con los soviéticos en Vladivostok, o los nuevos presupuestos. Si estas palabras se han borrado, sigue en pie en cambio el «comité de vigilancia» creado por iniciativa de Buckley, Vigilancia del Presidente y del vicepresidente: que en su actual mandato no se aparte de los principios fundamentales, sobre la doctrina eterna del partido republicano. Ya se han hecho reproches a Ford por haberse apartado de la «ortodoxia»; y más aún a Rockefeller. ¿Por qué a Rockefeller? Por todo. Es una figura que el partido nunca ha considerado bien. Les parece un trepador que quiere serlo todo en política a fuerza de dinero. Y les parece un oportunista liberal.

Aunque bastantes dirigentes del partido —algunos con mucha influencia— apoyan la «apertura» de Ford-Rockefeller, la mayoría se in-

clina por la política «ultra» de Reagan y los suyos; parece que la base del partido es todavía más «ultra» que sus dirigentes. La advertencia de que con esa imagen conservadora el partido republicano no ha conseguido ganar más que cuatro elecciones presidenciales desde 1928, y que sus votos han sido menos numerosos cuanto más a la derecha ha estado la «plataforma» no parece influir demasiado.

Esta lucha de una derecha con otra nacida de su misma costilla, pero ligeramente más liberal, parece que es una condición de nuestro tiempo y se registra en varios países. A muchos, desde aquí, podría parecerles un fenómeno típicamente español actual el de esta derecha escindida entre «liberales» y «ultras». (Lo que es más genuino de España es que nuestra más liberal derecha está a la derecha de la más conservadora de otros países de Occidente.) En Francia se ve este fenómeno entre la derecha «reformista» de Giscard y la derecha más clasista (la degolista y sus aliados); y dentro de la derecha reformista, las tendencias entre los más liberales y los más cerrados (Poniatowski, por ejemplo). En Gran Bretaña, la evicción de Heath y la colocación de Margaret Thatcher al frente del partido conservador supone también una lucha entre dos derechas: y ha ganado la más cerrada.

En cierta forma, la preponderancia de los «ultras» sobre los «liberales» parece estar en que éstos aceptan parte del programa de la oposición, lo cual parece aberrante a los «puros». Reagan ha explicado un poco de esta fórmula ante el Comité del partido: tratar de apoderarse del programa del partido contrario es algo que siempre se hace en vano, puesto que siempre ofrecerá más garantía para ello el partido contrario, el «inventor» de la teoría. Es mejor —dice, y con el de los ortodoxos de las derechas universales— presentar la opción contraria.

El punto de vista razonable sería no el de adoptar el punto de vista del adversario para robarle votos (con la intención posterior de no cumplirlo) ni tampoco el de adoptar la postura contraria para ofrecer una alternativa clara, sino el de tomar en consideración los datos de la realidad, los datos objetivos y neutros de la situación nacional e internacional, y crear doctrina actual en consecuencia.

Esa parece ser la actitud que solemos llamar de «derecha civilizada», o de «derecha con rostro humano». En realidad, lo que aparece ahora como nuevo no es este resurgimiento de los «ultras», como podría parecer: los ultras no tienen necesidad de resurgir, porque nunca se han sumergido. Lo nuevo es la aparición de la derecha reformista y objetivista, que trata de sacar lecciones directas de las circunstancias, aun a riesgo de ser llamada oportunista. Palabra con un contenido peyorativo —sobre todo, por su acuñación a través del lenguaje marxista-leninista—, pero en realidad, bastante aceptable, porque sólo la circunstancia cambiante permite hoy —en que las doctrinas fi-

jas, sean de izquierda o de derecha los dogmas, están perfectamente desprestigiadas— crear una política constructiva.

No es menos cierto que este problema atañe también a la izquierda. Pero en la izquierda, la división es tradicional, mientras que en la derecha es algo nuevo. La izquierda es una pluralidad de pensamientos; la derecha es una unidad de intereses. La cuestión, en nuestro tiempo, es que es la realidad mis-

ma la que ha roto dogmas y se hace inaprehensible, desde un punto de vista económico y social, que la división de la derecha se hace en nombre de la defensa de unos mismos intereses, que unos creen mejor defendidos por la adecuación al tiempo cambiante y un cierto entendimiento con la izquierda —o toma a ésta de puntos programáticos— y otros por el regreso, la «pureza» o la «ortodoxia». ■ JUAN AL-DEBARAN.

La Mafia, la CIA

La revista «Time» —conservadora— no es jamás ligera en sus informaciones. Acaba de publicar una según la cual la CIA —que actualmente es el blanco de numerosas acusaciones— trató de asesinar al primer ministro de Cuba, Fidel Castro; al presidente Trujillo, de la República Dominicana, y a «Doc» Duvalier, dictador de Haití (hasta su muerte y sucesión por su hijo). El «Time», de Nueva York, que tampoco abunda en ligerezas, por lo menos en sus informaciones, completa la cuestión: la CIA intentó matar a Castro en el momento de la invasión de la isla en Bahía de los Cochinos, o poco antes de ésta, como parte de una misma operación: calculaba que sin Castro Cuba se hubiese dejado tomar fácilmente. Para este crimen de Estado, la CIA habría contado con la Mafia, que hubiese prestado sus expertos del «sindicato del crimen» para llevar a buen término la operación. Robert Kennedy, entonces ministro de Justicia, habría estado en el secreto y en un principio no habría hecho oposición: solamente tras una consulta con su hermano, el presidente Kennedy, habría ordenado su cancelación. Pero es muy posible también que la Mafia, y quizá la CIA, hubiesen colaborado de alguna manera al asesinato del presidente Kennedy. Parece que tras las últimas revelaciones (Oswald no era el auténtico Oswald, sino alguien que usaba sus documentos y su identidad; no trabajaba solo; conocía a su asesino, Ruby, hombre de la Mafia, desde mucho tiempo atrás) va a formarse una nueva comisión de investigación para «completar» —prácticamente, desmentir— el informe Warren (la hipótesis de la Mafia como representante del gran capital en el asesinato del presidente Kennedy aparece en un libro que acaba de publicar en España —Ediciones Martínez Roca— el periodista chileno Robinson Rojas, con el título «Estos mataron a Kennedy»; aunque es un libro en el que la tendencia del autor se mezcla con los datos objetivos, es de interesante lectura con reservas).

Entre la ola de «revelaciones» y descubrimientos y testimonios contra la CIA que se están haciendo ahora (y se ha podido sospechar que es incluso una campaña de la propia CIA para desaparecer oficialmente y continuar su trabajo más a cubierto, más clandestinamente) destaca la del que fue presidente de

Costa Rica, José Figueras («Don Pepe»), que, según sus declaraciones en la televisión mexicana, ha colaborado con la CIA «desde hace más de treinta años y de veinte mil maneras diferentes» y acusa a otros jefes de Estado hispanoamericanos —sin decir nombres— de haber hecho lo mismo. Le parece aceptable y hasta encomiable dentro de su definición de la política: un político no debe ponerse «los guantes blancos» y «las leyes de la política y de la guerra no son las mismas que las de un convento de monjas».

Los intereses de la Mafia en Cuba eran muy importantes. En 1930, uno de sus hombres, Meyer Lansky, abrió el primer casino de juego en La Habana. Inmediatamente comenzaron a proliferar centros de juego, casas de prostitución, salas de cine y teatro pornográficos: todas ellas eran propiedad de la Mafia y producían enormes resultados económicos, a pesar de que —según las informaciones actuales— había que dar su parte a Fulgencio Batista. Fidel Castro cerró todos estos establecimientos: la Mafia necesitaba «la restauración de la verdadera democracia» en Cuba para poderlos abrir de nuevo, y así entró en colaboración con la CIA. No era, ni mucho menos, el primer caso que abordaban juntos. Que se sepa, la Mafia y los servicios secretos de los Estados Unidos habían colaborado estrechamente durante la guerra mundial en las operaciones de Italia, sobre todo en la conquista de Sicilia (¿a cambio de qué?, ¿de una posibilidad operativa de la Mafia posterior?) y el hombre que servía de enlace era el «gangster» Charles «Lucky» Luciano. En el complot contra Castro y Cuba, el enlace sería Sam Giancana, y el «especialista» que debía asesinar a Castro era Jack Anderson. Entre los planes considerados para el asesinato, el primero fue el de un veneno que tardaría tres días en hacer efecto, permitiendo la huida de los criminales antes de que se sospechase de ellos. (Según algunos informes, las cápsulas de veneno se hicieron llegar a los cocineros de Castro; se supo días después que Castro había estado indispuerto.) Esto ocurrió en marzo de 1961. En otros estudios de la cuestión se pensó en rifles de mira telescópica (como el que luego se utilizaría contra Kennedy).

Robert Kennedy interrumpió la operación. Pero después, cuando su